

Con un habano en la boca y las manos en los bolsillos

Gélido como siempre, el mes de Julio corría en Santiago de Chile. El viento, cortante cual alfanje, soplabá entre los edificios del centro capitalino, perdiéndose luego en el firmamento aún oscuro de la mañana naciente. Él se encontraba caminando hacia su auto. Con un habano en la boca y las manos en los bolsillos. El frío lo azotaba en la cara, áspero, con olor a humedad y vainilla vieja. Paso tras paso, el mundo le parecía inerte, aunque vertiginoso a la vez. Frenético. Muerto, o al menos no vivo. Él, con la vista en el piso, veía un hálito fantasmagórico salir de sus narices y boca, una mezcla de ánima, vapor y humo, que se desvanecía en la nada, efímero como todo a su alrededor, como toda la realidad, no le importaba, le era indiferente, paso tras paso, irrelevante. Levantó la cara y vio la plácida luz del alba que se anunciaba entre las nubes y el smog de la ciudad, aún oscura. Otra noche más sin dormir, hace un buen tiempo le sucedía esto. Largas noches de solitario desvelo, en las que salía a caminar por la ciudad, con un habano en la boca y las manos en los bolsillos. Se volvía un espectador de su propio ser, tan solo caminando, existiendo sin más. Cada vez eran más frecuentes estas noches de insomnio. Alcanzó su auto, era un Chevy Nova del año '66, de un color rojo rubí que denotaba un pretérito glamour. Estaba un poco descuidada la pintura y una considerable capa de polvo cubría todo el chasis, pero dentro de todo seguía siendo un lindo auto.

Eran más o menos las 7 de la mañana. Ya estaban comenzando las bocinas enajenadas de los autos balando en la calle para ir a trabajar como es de costumbre. El murmullo constante de la gente conversando, de las micros, los vendedores ambulantes, incluso los pasos de los caminantes apurados, resonando estruendosos y acumulándose tumultuosamente en un caos monótono, le producían un rechazo visceral. A decir verdad, era una persona bastante antisocial, no se le conocía familiar alguno y tenía un círculo pequeño, pero no muy cercano de amigos. Llevaba un tiempo pensando en escapar de todo, tomar su auto e irse a la mitad de la nada a respirar aire puro, aire libre. Quizás quedarse en la nada para siempre y vivir del aire. Tal vez esa idea de liberación era la que no lo dejaba dormir, aunque él tratase de convencerse a sí mismo que esto se debía a su reciente despido en la empresa en la que solía trabajar. “Recortes de personal” le dijeron. Economía en picada, ¡lo mismo de siempre!

Se sentó en su auto y tomó una gran bocanada de aire, olía a petricor y smog, con un leve remanente de vainilla, impregnado en su chaqueta. Frunció la nariz, encendió el motor

y comenzó a andar casi instintivamente. Podría llegar a decirse que no estaba en control de sus acciones, no sabía hacia donde estaba manejando. De repente, en un abrir y cerrar de ojos se halló a sí mismo en la carretera, conduciendo hacia el sur. Se sorprendió de sobremanera con la situación y en la primera oportunidad que tuvo se detuvo a un costado del camino. Había manejado como bajo el efecto de un hechizo, abstraído absolutamente de la realidad. Probablemente fuera la falta de sueño. Pensó en lo peligroso que pudo haber sido y decidió intentar dormir un poco antes de volver a la ciudad. No lo logró. En su mente semiconsciente se proyectaba una y otra vez la idea de escapar. Las frescas briznas de pasto rozando sus pies descalzos, el vuelo de unos albatros a lo lejos decorando la escena de nubes y un cielo magnífico invitando a admirarlo por horas.

Nuevamente se dio cuenta que había empezado a manejar. Se encontraba a unos 70 kilómetros de Santiago. Dejó de oponer resistencia y siguió manejando impasible, soñando, pero ciertamente despierto, manejó y manejó. El paisaje fue progresivamente cambiando sus tintes, cada vez más vivos, a la vez que pasaban las horas y el sol comenzaba a esconderse. Pasó todo el día manejando. Estaba en algún lugar entre Osorno y Puerto Montt, ¡exhausto! Necesitaba dormir. Condujo por algo menos que una hora más hasta llegar a Puerto Montt y se estacionó en una calle poco concurrida para descansar. Cerró los ojos con su auto estacionado en la calle con mar y carretera y mar abierto y cemento y campo con pasto verde y cielo azul y nubes blancas y albatros volando en aire fresco con alas abiertas al cruzar el cielo volar como albatros sobre ciudad gris con humo áspero volando en aire limpio del cielo con pasto y nubes con albatros de colores en el cielo y el pasto volar al pasto verde como albatros en nubes de humo los albatros volar en cielo áspero y pasto verde cielo volar cruzar aire de colores blancas verde nubes volar albatros abiertas ciudad fresco azul albatros volar pasto pasto campo limpio albatros gris aire cielo pasto... Despertó. Sudando y un poco exaltado, en el limbo tratando de procesar el choque de realidad luego del sueño febril. Hacía un frío de muerte y él estaba transpirando en exceso, pero no lo notó. Volvió a soñar lo mismo de siempre. Desempañó los vidrios del auto una vez se despertó definitivamente y salió del auto a estirar las piernas. A lo lejos, cuesta abajo se veía el mar y en el horizonte se podía divisar tenue la isla Tenglo, ahí se dio cuenta del frío que hacía. Tenía las manos y pies entumecidos, de color morado y los labios agrietados. Sintió un par de gotas que le caían sobre la cabeza y lentamente comenzó a llover. Decidió entrar al auto y encender la

calefacción, tarea no muy fácil, pues apenas sentía las manos y sus dedos no le respondían. Luego de un buen rato con la calefacción encendida comenzó a sentirse mejor. Aún tenía los labios irritados. Le dolían. Revisó el combustible de su auto y resolvió ir a una estación de bencina. Se aseguró del dinero que tenía en la billetera. Alcanzaba a duras penas para pagar un poco de combustible y para comer. No conocía mucho del sur de Chile, pero tenía la intención de llegar lo más al sur que le fuera posible. Inmediatamente pensó en Punta Arenas, no conocía nada de la zona austral del país, sólo había recorrido hasta Puerto Montt alguna vez en vacaciones. Miró las monedas que le quedaban para comer y las guardó resignado en su bolsillo junto con un suspiro, para seguidamente preguntarle a un lugareño por el aeropuerto. Una vez ahí, se dispuso a intercambiar su auto por un pasaje de ida a Punta Arenas. Le propuso a quien tuvo por delante hacer este trueque, pero la gente lo miraba con recelo y desconfianza, ignorándolo en la mayoría de los casos. Considerando el elevado precio del auto y comparándolo con el de los pasajes, un lugareño se interesó en la propuesta. Luego de asegurarse que no se tratase de ninguna estafa y que el auto se encontraba en perfectas condiciones mecánicamente, el lugareño aceptó. Se trataba de un oriundo de Puerto Natales que viajaba para visitar a un familiar, era una señor bastante amable y risueño.

El del habano en la boca y las manos en los bolsillos había logrado dormir un poco, el viaje había sido tranquilo, pero el sueño de siempre seguía persiguiéndolo, agujoneándolo persistente, e incluso cada vez más fuerte. Una vez bajó del avión y salió del aeropuerto, sintió una ráfaga helada y esquelética como nunca antes había sentido. Comenzó a caminar por la carretera en sentido contrario a la ciudad. Cada vez que pasaba un auto, levantaba el dedo pulgar para pedir que lo lleven por algún tramo. Finalmente pasó una camioneta que se detuvo para darle tiempo a subir en la parte de atrás. Andando en la carretera el frío era aún más notorio. Al fin, había llegado al fin del mundo, eterno y cristalino en sus helados vientos y aguas impetuosas, tierras milenarias, inmarcesibles, con un aire virginal y sempiterno que nunca había sentido antes. Anduvo unos kilómetros hasta que se encontró finalmente en medio de la nada. Presa de un fuerte presentimiento, pidió al chofer de la camioneta que se detuviera y, agradecido, bajó del vehículo. En el momento en que sus pies tocaron el suelo sintió un escalofrío que le recorrió desde la espina hasta la punta de los dedos. Era aquí. Éste era su lugar. Comenzó a caminar. Cada paso lo llenaba de un placer indescriptible, cada vez más fuerte. Caminó cerca de media hora, completamente ensimismado, hasta que dio el paso

final. Ahí lo sintió. Llegó al lugar de ensueño que tanto había anhelado. Estaba justo ahí. Sin pensarlo, se quitó los zapatos, la chaqueta con olor a vainilla y por último la camisa. Respiró profundamente, sintió cada brizna de pasto bajo sus pies y por primera vez en años, se dibujó una sonrisa en su rostro. El viento soplaba con fuerza y a lo lejos se veían unos albatros, volando hacia el mar. Cayó de rodillas a la vez que una solitaria lágrima rodaba por su mejilla. Se dio cuenta que ya no le quedaban habanos, y que ya no tenía las manos en los bolsillos. Se desplomó. Aterrizó con el rostro en la tierra congelada. No despertó más.

- M.L. Jauke